

CONOCER Y SER EN EL PARADIGMA CONSTRUCTIVISTA

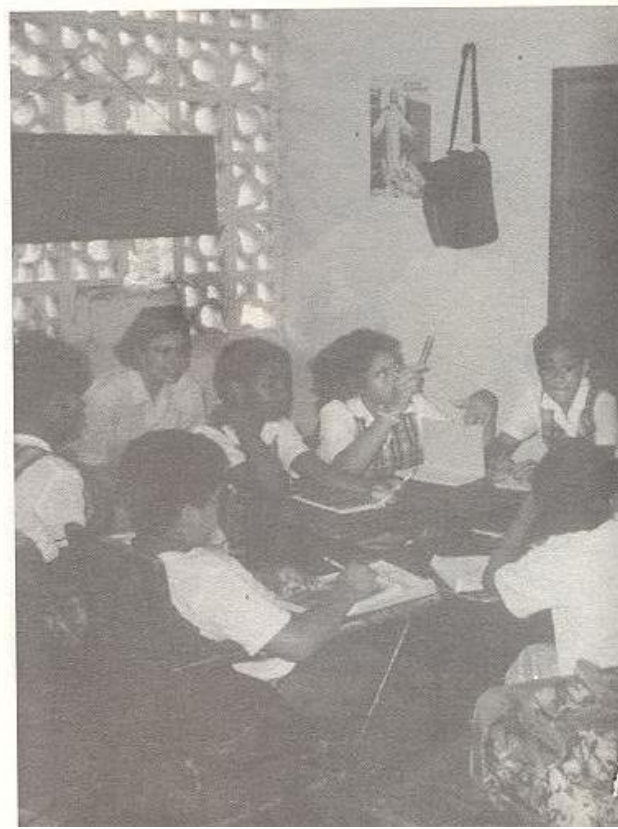
José Antonio Camargo Rodríguez

RESUMEN

Toda teoría acerca del aprendizaje se fundamenta en una interpretación del conocimiento, la cual se encuentra, a su vez, ligada a una cierta concepción de «ser». No será posible asimilar verdaderamente cualquiera de tales teorías si se ignoran, o no se consideran con el debido detenimiento, las ideas de conocer y «ser» que le sirven de base. Se pone de presente que el constructivismo, en contraste con la teoría transmisionista de la enseñanza y el aprendizaje, predominante en la pedagogía tradicional, tiene su fundamento en la interpretación según la cual el conocer es una actividad humana en la que, a medida que conoce, el hombre construye el «ser». Antes de todo conocimiento, las cosas no tienen un «ser»; están ahí, pero no se sabe lo que son. El «ser», que constituye el objeto de todo conocer, aquello que el sujeto persigue a través de su conocimiento, no le es dado de antemano, ni le viene de fuera, sino que es una elaboración que él mismo realiza a través de su actividad cognoscitiva, un contenido de su propia conciencia. Hay, pues, una cierta paradoja entre las ideas de conocer y «ser» que sirven de fundamento al constructivismo, cuya reflexión se propone en aras de ganar una mejor comprensión, de encontrarle a este paradigma un sentido más allá de la pedagogía y la didáctica.

No cabe la menor duda acerca de que el interés por el paradigma constructivista es cada vez mayor entre los profesores de los distintos niveles de la educación en Colombia. Pero existe, al mismo tiempo, la sospecha de que dicho paradigma ha sido pedagogizado y didactizado en forma demasiado rápida.¹ Esto es, ha sido asumido como una teoría y un procedimiento del aprendizaje sin detenimiento alguno en el análisis de los fundamentos conceptuales que lo soportan. Se olvida, o simplemente se ignora, que el constructivismo se encuentra fundamentado en concepciones filosóficas, aunque también en interpretaciones psicológicas y lingüísticas, entre otras.

* Profesor de filosofía en la Facultad de Ciencias de la Educación, Candidato a Doctor en Filosofía por la Universidad Javeriana



Toda teoría del aprendizaje, incluida desde luego la del constructivismo, se apoya en una determinada forma de interpretar el conocimiento y la manera como éste se efectúa o realiza. A su vez, toda interpretación del conocimiento se encuentra ligada a una determinada concepción de «ser». En otros términos: una teoría cualquiera del aprendizaje estará siempre fundamentada en una interpretación epistemológica y atada a ésta se encontrará siempre una concepción metafísica.

El vínculo entre conocimiento y ser viene dado por la naturaleza misma de esta actividad humana. En efecto, conocer es, en general, buscar respuesta a la pregunta: ¿qué es esto o aquello? En otros términos: conocer es querer saber qué son las cosas o cuál es el «ser» de ellas.

Ahora bien, si el hombre se pregunta ¿qué es esto?, a pesar de tener frente a sí la cosa por la cual indaga, es porque considera que el «ser» de ésta no se encuentra presente. En principio, el «ser» se encuentra sólo en la pregunta que por él se hace el hombre y para hallarlo debe buscar respuesta a esa pregunta. Así, pues, el hombre se dedica a conocer porque no se conforma con lo que las cosas le presentan, porque considera que lo que las cosas le ofrecen con su mera presencia es insuficiente. El «ser» es, por tanto, lo ausente que el hombre busca a través del conocimiento.²

Pero, ¿dónde buscar el «ser» que las cosas no ofrecen con su mera presencia? Frente a este interrogante se han definido, en última instancia, las dos formas fundamentales de interpretar la actividad del conocimiento que se han dado a lo largo del desarrollo de la filosofía hasta hoy. Una primera interpretación fue desarrollada por los filósofos de la Grecia Antigua, sostenida durante la Edad Media y compartida por el empirismo

moderno y el positivismo iniciado por A. Comte en el siglo anterior, entre otros. Esta interpretación parte del supuesto de que el «ser», en cuya búsqueda se empeña el hombre o sujeto conocedor, es algo que está ahí; en las mismas cosas, oculto tras ellas, o inclusive por fuera de ellas (en las ideas, como lo afirma Platón). En todo caso, como algo que existe fuera e independientemente del sujeto que conoce.

En armonía con esa idea de «ser», el conocer es considerado como la recepción pasiva o contemplación, por parte del sujeto conocedor, de lo que ya de antemano existe por fuera de él. Conocer consiste, según ello, en aprehender el «ser» o, lo que es lo mismo, en pasar el «ser», que está fuera del sujeto, a la mente de éste. Buscar la perfección o el desarrollo del conocimiento es, en consecuencia, procurar que el objeto, en el cual reside el «ser», se refleje de la manera más fiel posible en el pensamiento del sujeto. La mayor verdad será la mayor coincidencia del pensamiento con el objeto.

Esa interpretación del conocimiento sirve de fundamento al paradigma transmisionista de la enseñanza y el aprendizaje. Según este paradigma, el contenido del conocimiento se encuentra previamente elaborado por quien ejerce la función de enseñar; esto es, se encuentra por fuera del sujeto que aprende o conoce. De acuerdo con ello, la función de aprender es de rigurosa pasividad; disponerse para el aprendizaje es disponerse para la recepción pasiva o contemplativa del conocimiento; la función activa corresponde al que enseña, quien es el depositario del conocimiento y, por ende, también el depositario de la verdad. Los avances en el aprendizaje son valorados según la fidelidad con la que el aprendiz sea capaz de reproducir los contenidos de conocimiento que en su mente «han sido depositados» por quien ejerce la función de enseñar.

La interpretación sobre la cual se fundamenta la pedagogía transmisionista encierra una contradicción, a saber: que el «ser» como aquello hacia lo cual se dirige el conocimiento está fuera del sujeto, pero una vez conocido o aprehendido pasa al sujeto y hace parte de él. Este hallarse a la vez fuera y dentro, esta ubicuidad, obliga a que se revise la supuesta recepción del «ser». Entrar el «ser» en el sujeto supone que el sujeto sea capaz de asimilar el «ser», de convertirlo en un contenido de su conciencia, por lo que no parece consecuente considerar el «ser» como algo completamente distinto del sujeto.

Tal contradicción obliga a buscar una nueva interpretación, la cual se inicia en la Edad Moderna, con Descartes a la cabeza. Según esta nueva forma de interpretar la actividad del conocimiento, opuesta por completo a la anterior, parte del supuesto de que el «ser» es un contenido de la misma conciencia que conoce; se encuentra en el sujeto y no detrás de las cosas o más allá de ellas. De modo que, si bien el «ser» sigue siendo aquello hacia lo que se dirige el conocimiento, el sujeto no tiene que buscarlo fuera de él, sino en su propia conciencia.

Esta nueva interpretación se apoya también en la convicción de que el sujeto no puede conocer el «ser» si éste no se halla, de algún modo, presente en su conciencia. En lugar de considerar el conocimiento como un entrar el «ser» desde fuera a la mente del sujeto, lo considera como un emerger o salir a flote desde el interior del sujeto.

Pareciera que a partir de Descartes se hubiera caído en la cuenta de que las cosas no tienen por sí mismas el «ser» que se les atribuí y que, por tanto, ellas no constituyen el centro del conocimiento. Conocer es una actividad que realiza el sujeto y es en esa actividad donde tiene lugar el surgimiento del «ser». Antes de todo conocimiento, las

cosas existen, están ahí, pero no se sabe lo que son; es decir, no tienen por lo pronto un «ser». Por eso surge la pregunta: ¿qué es esta cosa o aquella otra? El sujeto que interroga es, pues, quien supone o pone de antemano con radical convicción que las cosas son, que en ellas hay un «ser» y se empeña en buscarlo a través de su actividad cognoscente.

De modo que, según la interpretación que nos ocupa, al sujeto no le es dado el «ser». Es decir, el «ser» no existe con anterioridad al sujeto ni entra a éste desde fuera, sino que es el mismo sujeto quien lo supone en la pregunta y lo busca a través de su actividad cognoscente, la cual despliega en procura de respuesta. El conocimiento viene a ser, de acuerdo con ello, la actividad mediante la cual el sujeto otorga «ser» a las cosas, o bien, construye el «ser» de las cosas. El proceso de perfeccionamiento o desarrollo del conocimiento consiste en una progresiva purificación de la idea de «ser»; es decir, en un ir tomando conciencia clara de que el «ser» no puede confundirse con las cosas a las cuales se otorga.

El planteamiento de que el «ser» de las cosas es una construcción del sujeto que conoce,



por lo cual sólo puede hablarse de «ser» dentro de la actividad humana del conocimiento, no es, aunque así lo parezca, un planteamiento idealista. Si bien es el idealismo el que, según lo señala el mismísimo Marx, desarrolla el lado subjetivo o activo del conocimiento³, lo que aquí se plantea no es idealista, puesto que no se afirma que las cosas, como existentes, sean una construcción de la conciencia. Lo que se asevera es que las cosas, según existen, carecen de «ser» y es necesario construirse, lo cual sólo es posible a través de la actividad humana del conocimiento. Esta luz no es una «representación o idea mía», sino al revés: porque no es una representación o idea mía, sino una absoluta realidad que me alumbró, me esfuerzo en construir su ser, su «idea» o «noción» en la óptica.⁴

El paradigma constructivista se desarrolla con fundamento en esta nueva interpretación. Su teoría del aprendizaje parte de la consideración de que conocer es una actividad del sujeto, de que los contenidos de conocimiento no le vienen al sujeto de fuera sino que son una elaboración suya. Esta idea de conocer se encuentra ligada a la concep-



ción metafísica según la cual el «ser» es un contenido de la conciencia, algo interno al sujeto que conoce y no externo a él o independiente de él. Es, pues, una premisa del constructivismo, la consideración de que no hay un «ser» por fuera y anterior al conocimiento humano, sino que el «ser» es una elaboración del conocer.

En concordancia con la citada premisa, se encuentra la tesis epistemológica según la cual no hay un objeto de conocimiento anterior al conocimiento mismo, sino que el objeto es una elaboración que el sujeto hace en la misma actividad de conocer. En términos poéticos, esta tesis se encuentra expresada en los versos de Antonio Machado: «Caminante, son tus huellas el camino y nada más; caminante, no hay camino, se hace camino al andar».

Sobre esa tesis edifica el constructivismo su tan traída y llevada teoría acerca de la enseñanza y el aprendizaje, la cual, lastimosa e inconsecuentemente, se ha venido asumiendo como un producto elaborado, como una moneda acuñada cuyo origen y valor no necesitan ser establecidos.

Para contrarrestar esa tendencia es preciso detenerse en los fundamentos filosóficos del constructivismo, mas no únicamente en éstos. Sólo allí será posible encontrar el arsenal teórico para seguir ganando en la comprensión de este paradigma y hallarle cada vez un mayor sentido.

NOTAS

- 1 Cf. Gallego-Badillo, Rómulo. Discurso sobre constructivismo. Santafé de Bogotá. Edit. Magisterio. P.12.
- 2 Cf. Ortega y Gasset, José. ¿Qué es conocimiento? Madrid. Alianza Edit. 1984. P. 71 y ss.
- 3 Marx, Carlos. Premire tesis sobre Feuerbach.
- 4 Cf. Ortega y Gasset, José. Op. cit. P. 156.